

a no aceptar los signos visibles de apaciguamiento, que la dejarían sin función real, a menos que se transformase». La intención de transformarse, en el futuro, en el mecanismo de entendimiento entre el Este y el Oeste está ya visible.

PERO la cuestión no está solamente en su función de bloque frente a bloque, sino de bloque en sí mismo. Está claro que la reducción de tropas no se refiere más que a las tropas norteamericanas y a las soviéticas. Es en función de la hegemonía militar americana dentro de la Alianza —aunque sólo fuese por su inmensa superioridad en armamentos y hombres— como se debe ver la situación. Los países europeos no parecen muy dispuestos a sustituir con tropas propias las que Estados Unidos retirasen, ni los Estados Unidos están nada convencidos de que en Europa se mantenga, hoy, un elevado espíritu militar. Las disensiones entre los países aliados con respecto a la situación son notorias. Francia se retiró de la organización hace tiempo, aunque haya estado presente en la reunión de Lisboa —utilizando la sutil y no muy jurídica distinción de que una cosa es el Tratado, en el que permanece, y otra la Organización, de la que se retiró—, y Francia ha pretendido que las negociaciones Este-Oeste se hagan de país a país, ha prevalecido la tesis norteamericana de que se realicen de bloque a bloque. Grecia ha sufrido que llegue a la OTAN un comunicado de ciudadanos relevantes de nueve países de la Organización pidiendo que se la fuerce a «restaurar la democracia», y ello precisamente en términos de la OTAN: «Una Grecia fuerte dentro de la OTAN es preferible a una Grecia débil, pero desde 1967 las fuerzas armadas han debilitado a Grecia por las depuraciones, purgas y luchas internas, y la emasculación continúa». Portugal está en momentos difíciles interiores, y precisamente la inauguración de la OTAN ha sido señalada por las llamadas guerrillas urbanas de la Acción Revolucionaria —anarquista— con la voladura del principal centro de comunicaciones de Lisboa. En Turquía continúan las dificultades interiores, la acción guerrillera. Muchos Gobiernos presentes en la OTAN advierten ahora que sus dificultades mayores no proceden de la URSS ni siquiera de una subversión emanada de ella, sino de sus propios conflictos interiores. La idea de la constitución de Europa como una «tercera fuerza» no parece ahora muy segura.

JOSEPH Luns, el nuevo secretario general, es viejo partidario de una Europa supranacional, ha culpado más de una vez a Estados Unidos de haber debilitado a Europa —sobre todo, es su punto de vista, por haber precipitado las descolonizaciones y haber causado la pérdida de los imperios europeos, y muy concretamente el holandés—, pero, por otra parte, considera que la actual forma de los Estados Unidos es irremplazable: cree que «la seguridad europea no se concibe más que en relación estrecha con los Estados Unidos, en una integración cada vez más adelantada dentro de la OTAN». Suyas son, también, estas declaraciones: «Si pudiéramos elegir, nos gustaría, probablemente, más ver a Francia representando en el mundo un papel más preponderante que el que los Estados Unidos, pero somos realistas, y sabemos que las naciones europeas, separadamente, no pueden ya representar ese papel determinante». Joseph Luns es un hombre que conviene a los Estados Unidos en este puesto, como les convenía Manlio Brosio. Son dos «duros». Es decir, tienen el espíritu conservador y beligerante de la OTAN, quizá el único que pueda tener la OTAN mientras exista. Considerarles a ellos y a la organización como negociadores con los adversarios es irrelevante.



Las llamadas guerrillas urbanas de la Acción Revolucionaria —anarquista— aprovecharon la inauguración de la OTAN para volar el principal centro de comunicaciones de Lisboa.



GEORGY LUKÁCS

UN INCONFORMISTA

Uno de los cerebros más poderosos de Europa acaba de detenerse. Ha terminado en Budapest, a los ochenta y seis años de edad (nació el 13 de abril de 1885), la discutida y difícil vida de Georgy Lukács, agitada por los vientos de la Historia y del marxismo, dentro del cual fue acusado de revisionista y desviacionista, depurado por sus propias autocríticas, pero siempre inconformista y escasamente reducible. Su obra filosófica y de crítica literaria forma un enorme monumento que tiene la característica de ser igualmente sospechoso para los marxistas ortodoxos que para los antimarxistas a ultranza.

Lukács, vástago de una rica familia judía —su padre era director del Banco más importante de Hungría, el Kreditanstalt—, estudió en Heidelberg con Simmel y Max Weber y dirigió sus estudios hacia la estética y la crítica literaria. Aún en Budapest, había fundado un «teatro libre»; tras su paso por Heidelberg escribió sus dos primeros libros, «El alma y la forma» y «La teoría de la novela» (1916). En 1918 se inscribió como militante en el partido comunista húngaro de Bela Kun. No parece claro, por sus escritos y actuaciones posteriores,

que Lukács fuese entonces un verdadero comunista, sino que tenía «inclinaciones hacia el anticapitalismo romántico», que le había impresionado «el carácter imperialista de la guerra», las posibilidades abiertas por la revolución rusa y «una forma de ver el mundo que era al mismo tiempo claramente sindicalista e idealista». El partido comunista húngaro estaba recién creado, sus militantes procedían de otros movimientos obreros y políticos y, en consecuencia, las disonancias de Lukács no eran muy distintas de las de otros. En 1919 hubo una breve etapa comunista en Hungría (la posguerra, el hambre, la miseria y la decadencia intelectual habían minado el viejo régimen); Bela Kun tomó el poder y Lukács fue designado ministro de Cultura («comisario del pueblo para la cultura»). El régimen duró cuatro meses y, al caer, Lukács se vio lanzado a un largo exilio que comenzó en Viena, mientras Bela Kun se refugiaba en Moscú. Lukács pretendía la dirección del partido en el exilio, pero sus disidencias se hacían más visibles. En su revista «Kommunismus» tomó la línea de Rosa Luxemburgo frente a Lenin. Lenin, por su parte, consideraba tanto a Lukács

GEORGY LUKACS

como a Bela Kun como ejemplos del «desviacionismo de izquierdas». Fue la publicación por Lukács en 1923 de su libro «Historia y conciencia de clase» lo que le hizo perder el apoyo de la Comintern y de los intelectuales ortodoxos. Apareció el término «lukacsismo» como una clasificación de desviacionismo, y la condena oficial surgió en el V Congreso de la Internacional Comunista (1924), donde Bujarin le consideró como «una recaída en el viejo hegelianismo» y Zinoviev llevó el grueso del ataque, que lo incluyó entre los revisionistas de extrema izquierda. Para Lukács, en su libro, existía una identidad absoluta entre la conciencia del proletariado, que llegaba a su más alto nivel en el partido, y el conocimiento verdadero de lo real, conocimiento que no se distingue de la práctica revolucionaria: profetizaba una revolución mundial inminente del proletariado.

Excluido del Comité Central, privado de su puesto en la revista, Lukács se refugió al principio en el silencio y en el acatamiento. En buena lógica, sus propias convicciones le impedían su defensa: si el partido representaba el más alto nivel de la conciencia del pueblo, la condena del partido era una inflexible condena del pueblo. En 1925 comenzó ya una autocrítica que iría ampliando en círculos concéntricos, lo que no le evitó en 1929 una amonestación más, esta vez por «desviacionismo de derecha». Hacia esa época se fue a Moscú, donde pasó un año trabajando en el Instituto Marx-Engels, hasta que se fue a Berlín. Fue allí, en las vísperas del acceso de Hitler al poder, donde escribió, en forma de Memorias, su verdadera autocrítica, que continuaría después, cuando el nazismo le haría huir de nuevo a la Unión Soviética. Lukács escribió: «Cada concesión al idealismo, por insignificante que sea, supone un peligro para la revolución proletaria. Por consiguiente, entiendo no sólo la falsedad teórica, sino el peligro práctico del libro que escribí hace doce años». Y también: «Con la ayuda del Comintern, del partido comunista de la Unión y de su jefe, el camarada Stalin, las secciones del Comintern lucharán por esa ideología de hierro implacablemente y rechazarán el compromiso con todas las desviaciones del marxismo-leninismo... El "Materiaлизм y Empiriocriticismo" de Lenin ha sido y será la bandera

bajo la cual esta lucha se llevará adelante en el frente intelectual». Muchos de sus exegetas mantienen que Lukács se adhirió así al estalinismo por la razón de que consideraba que era la única lucha posible contra los fascismos, y que debilitarlo sería una traición a las clases obreras. Es estalinismo debía ser únicamente una «etapa», y así lo diría Lukács numerosas veces tras el XX Congreso del PCUS. Incluso se cree que en estos mismos escritos y libros de autocrítica Lukács mantenía los mismos puntos de vista que en su libro condenado y los expresaba y los sostenía sutilmente. De todas formas, Lukács se ha negado siempre, hasta su muerte, a volver a comentar la «Historia y conciencia de clase».

Caben pocas dudas acerca de la prolongada resistencia de Lukács a las formas dictatoriales del marxismo por su actuación posterior. Terminada la guerra, regresó a Hungría y fue nombrado miembro del Parlamento, mientras continuaba publicando obras de crítica literaria y redactaba sus monumentales «Ética» y «Estética» (sin terminar, según parece). Pero, en 1949, el ministro de Cultura, Revai —que había sido su discípulo—, le atacaba de nuevo públicamente por «cosmopolitismo» y «subestimación del realismo socialista». Lukács no encontró dificultades en retractarse y emitir una nueva autocrítica. Pero cuando, en 1956, se produjo la llamada insurrección de Budapest, Lukács se colocó al lado de Imre Nagy y fue por segunda vez en su vida ministro —en el mismo Gobierno del que formaba parte el cardenal Mindszenty—, aunque esta vez solamente por diez días y con salida a un nuevo exilio. Dominada la revuelta, Lukács se refugió con Nagy en la Embajada yugoslava, de allí fue deportado a Rumania y, tras un plazo de espera, pudo reintegrarse a su país. Pero esta vez se negó a la autocrítica. Tampoco fue demasiado presionado para ello. Lukács continuó trabajando y escribiendo en su gran casa —las paredes tapizadas de libros— a orillas del Danubio y sin cesar de denunciar los estalinismos: «Por lo que se refiere a la superación del período estalinista, nos hallamos todavía en el momento en que se sigue superando, con métodos todavía estalinistas, los más crasos errores del estalinismo...». ■ J. A.

La Capilla siXtina

LAS CENAS

Quien no asistió jamás a «cenas políticas», que tire la primera piedra.

No seré yo. Cuando estaba naciendo el fenómeno de las cenas políticas, un amigo mío, muy puesto en la vida política de la villa y corte, me dijo: «Sisto, no te la pierdas. Va la crema de los liberales y los aperturistas y uno se lleva sorpresas como la de descubrir que hay ex ministros aperturistas».

No vino ningún ministro aperturista a mi cena, me tuve que conformar con un diputado aperturista, un puñado de falangistas aperturistas, otro puñado de solteros aperturistas, demócratas de toda la vida, monárquicos que se sucedían a sí mismos, periodistas jóvenes muy avisados y algún exiliado que volvió en su día. Gente de orden; se podía advertir por la cortesía con que acogieron la falta de imaginación manifestada por el programador del menú casi monocolor. Tan disgustado estaba yo por los componentes del menú que apenas si paraba atención a los turnos oratorios. Me parecía advertir, eso sí, una notable diferencia entre los que ya habían actuado en política antes de la guerra y los que reducían su praxis política a cenar de vez en cuando en condiciones similares. Me dije, el latín está desapareciendo de la cultura española y es una lástima. Los viejos dominaban el período ciceroniano, el hipérbato sintáctico y la metáfora. Se advinaba la formación neoclásica de su Bachillerato con Examen de Estado y la tradición cultural de Romanones y don Julián Besteiro. En cambio, los más jóvenes estaban viciados por una cultura que debe casi tanto a Conchita Piquer como a don Pedro Gómez Aparicio, una cultura radiofónica ultimada por Amestoy, Joaquín Prat y el señor Rodríguez de la Fuente a través de la televisión.

Y, sin embargo, no carecieron de ingenio. Estuvieron hablando toda la noche de política del país sin mencionar a la clase obrera ni a la izquierda ilegal. Con respecto a estos dos entes, al parecer de ficción, funcionaba esa alambicada técnica popular de no mencionar jamás la palabra «cáncer», a lo sumo sustituirla por un gesto fatal o por la increíble expresión: «un mal malo». A un comensal periférico se le ocurrió hablar de la clase obrera y del estudiantado, mo-

mento que significó la consagración temperamental de uno de los comensales, que saltó al suelo gritando:

—¡Y la clase media, qué! ¡Y la clase media, qué!

Esto se avisa, pensé yo. Si estas son unas cenas para suministrar líderes a la clase media, se dice, y en paz. Un periodista joven advirtió al periférico descendido: «Me parece que te has equivocado de país». A lo que el periférico contestó: «Me he equivocado de cena».

Otro descontento por el menú, pensé yo dirigiéndole una mirada de solidaridad.

—¿A que hubiera preferido usted un buen bacalao al pil-pil y unos plimientos rellenos?

—Pues, no me irían mal, no señor. Pero me entra mejor la «esqueixada» de bacalao y oca amb peres —contestó el evidente catalán.

Terminamos la cena en un aparte coloquial sobre las posibilidades que tenía el Barça de ganar la Liga. Yo se las discutía, sin espíritu de parte, porque un servidor siempre ha sido seguidor del Plus Ultra. El catalán me razonaba la inevitable victoria del Barça sobre la base del crecimiento económico catalán y la aparición en Cataluña de un «status» social a nivel europeo.

—Si por Cataluña fuera, ya podrían permitir la democracia formal. Hay una pequeña burguesía sólida, un mercado típico para un reformismo socialdemócrata que aseguraría una «pax europea». Siempre relativa, claro es.

—¿Y a usted le gustaría esta solución?

—Yo no tengo ideas políticas.

—Y, entonces, ¿por qué ha venido a esta cena?

—Porque me han asegurado que vendría... (y aquí me dijo el nombre de un ex ministro) y quería verle de cerca. Uno, desde la periferia, sólo puede ver a los ministros por la «tele» y por el NO-DO.

Desde entonces se han sucedido otras cenas. Creo que han cambiado varias veces de restaurante y los menús han mejorado. Con mi recién amigo catalán acordamos que en cuanto supiera que el menú era a base de «esqueixada» y oca con peras, le avisaría y se vendría por aquí. Pero mucho me temo que deberá transigrir con el paso del verano. Los platos pesados no apetece en y en Madrid no suele hacer bien el gazpacho.

SIXTO CAMARA